

# Confirmar nuestra identidad en fidelidad creativa

## Para tener en cuenta en todas las comunidades

La misión pertenece a nuestra identidad más profunda. Hemos recibido del Espíritu un carisma que nos configura con Jesús y nos asemeja a los apóstoles para poner nuestras vidas al servicio del querer de Dios y su Reino.

- “En el marco de una concepción tan amplia de la evangelización como la que tenía Claret, él se reconoce a sí mismo como "Misionero Apostólico", realidad que es, ante todo, un don del Espíritu que le configura especialmente con algunos aspectos del inabarcable misterio de Cristo. En virtud de este don, Claret se siente identificado con Cristo como:
  - el hijo preocupado por las cosas del Padre,
  - ungido por el Espíritu y enviado a evangelizar a los pobres,
  - Hijo de María,
  - misionero itinerante que no tiene dónde reclinar su cabeza,
  - signo de contradicción
  - perseguido hasta la muerte, que es su victoria,
  - que comparte con los Apóstoles su vida y misión.” (Ideario SC, 3)
- “Por el carisma claretiano, que cualifica todo nuestro ser, el Espíritu Santo nos capacita y nos destina a un servicio especial en la Iglesia. Identificados por este don con Cristo Misionero, continuamos, como seglares, la misión para la que el Espíritu Santo suscitó en la Iglesia a San Antonio Ma. Claret. El señor nos ha llamado a ser evangelizadores, a anunciar y extender el reino de Dios entre los hombres mediante la palabra en todas sus formas, el testimonio y la acción transformadora del mundo, llevando así la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad para transformarla desde dentro” (Ideario SC, 5)
- “No, os lo repito. No es ningún fin terreno, es un fin más noble. El fin que me propongo es que Dios sea conocido, amado y servido de todos. ¡Oh quién tuviera todos los corazones de los hombres para amar con todos ellos a Dios! ¡Oh Dios mío! ¡No os conocen las gentes! ¡Oh si os conocieran! Seríais más amado. ¡Oh si conocieran vuestra sabiduría, vuestra omnipotencia, vuestra bondad, vuestra hermosura todos vuestros divinos atributos! Todos serían serafines abrasados en vuestro divino amor. **Esto es lo que intento: hacer conocer a Dios para que sea amado y servido de todos.** (Aut. 202)

## Elementos que configuran nuestra identidad: para la oración, la reflexión comunitaria y la puesta en común

ESQUEMA DE TRABAJO PARA CADA UNO DE LOS ELEMENTOS	
ELEMENTO ASIGNADO A LA COMUNIDAD	Cómo lo vivió Claret
	Cómo lo viviría hoy
	A qué nos invita
	Una propuesta de vida para la Región

### ELEMENTO PRIMERO: LA PALABRA DE DIOS

Somos oyentes y servidores de la Palabra y al orarla, compartirla, celebrarla en la Eucaristía y ofrecérsela a otros nos sentimos impulsados a vivir en una actitud constante de escucha y discernimiento, buscando en la vida cotidiana y en el devenir del mundo los signos de presencia del Reino.

- “Nuestra vida espiritual, como la de Jesús, tiene dos puntos de referencia: Dios y los hombres, y, por lo mismo, dos dimensiones fundamentales: una mística y otra política. Ambas están inseparablemente unidas en su origen -el amor- y en su meta -Dios y su Reino-. En la dimensión mística, gracias a la acción del Espíritu en nosotros, hacemos de Dios y de su Reino el único absoluto de nuestra vida y vivimos el seguimiento de Jesús como el único camino hacia el Padre y como la manera de construir el Reino. Guiados por el Espíritu, realizamos la dimensión política de la espiritualidad comprometiéndonos en la animación cristiana de las realidades temporales y en la acción transformadora del mundo (cf. nn. 22-23).” (Ideario SC, 31)
- “Desde que me pasaron los deseos de ser Cartujo, que Dios me había dado para arrancarme del mundo, pensé, no sólo en santificar mi alma, sino también discurrir continuamente qué haría y cómo lo haría para salvar las almas de mis prójimos. Al efecto, rogaba a Jesús y a María y me ofrecía de continuo a este mismo objeto. Las vidas de los santos que leíamos en la mesa cada día, las lecturas espirituales, que yo en particular tenía, todo me ayudaba a esto; **pero lo que más me movía y excitaba era la lectura de la Santa Biblia, a que siempre he sido muy aficionado.** Había pasajes que me hacían tan fuerte impresión, que me parecía que oía una voz que me decía a mí lo mismo que leía. Muchos eran estos pasajes, pero singularmente los siguientes: Porque te tomé de los confines de la tierra, y de tierras lejanas te llamé, y te dije: Mi siervo eres tú; te escogí, y no te deseché (Is. 41, 9). Yo te he tomado de los extremos de la tierra y te he llamado de sus lejanas tierras. **Con estas palabras conocía cómo el Señor me había llamado sin mérito ninguno de parte de patria, padres ni mía. Y te dije: Siervo mío eres tú, yo te escogí y no te deseché.** No temas que yo estoy contigo; no declines, porque yo soy tu Dios: te conforté y te auxilié, y te amparó la derecha de mi justo (ib., 10). Aquí conocí cómo el Señor me sacó en bien de todos los apuros que he referido en la primera parte y de los medios de que se valió...En muchas partes de la Santa Biblia sentía la voz del Señor que me llamaba...” (Aut. 113-114; 120. Cfr. también: 116-119).

## ELEMENTO SEGUNDO: MARÍA

Ya en el primer capítulo de su Autobiografía escribe el P. Claret: “María Santísima es mi madre, mi madrina, mi maestra, mi directora y mi todo después de Jesús”. Toda su vida y todo su apostolado demuestran la veracidad de estas palabras. Esta devoción tuvo en él diversas manifestaciones de culto. La más importante, ya desde su infancia, fue el rezo cotidiano del santo rosario y las visitas a la Virgen María. Más tarde, sin abandonar nunca el rezo del rosario y otras prácticas piadosas en honor de la Virgen, serán la predicación, las novenas al Corazón de María, la publicación de libros, el establecimiento de la Archicofradía y la creación de asociaciones e institutos dedicados al Corazón de María los signos externos de su devoción interior. La devoción Mariana fue tomando en su vida interior y en su apostolado cada vez con mayor claridad y convicción una forma concreta: el Corazón de María. Su amor y devoción a la Virgen se fue concentrando en medida creciente en el Corazón Inmaculado de María. El rezo meditado del rosario durante toda su vida le hizo penetrar cada vez más en lo íntimo del Corazón de la más tierna de las madres.

- “Dentro del misterio de Cristo, vivimos el misterio materno de María, siempre desde una perspectiva misionera. Con amor filial la contemplamos como modelo de seguidora de Jesús y colaboradora de su misión. Como en Claret, su presencia en nuestras vidas marca nuestra vivencia apostólica: nos forma para la misión, nos envía y, con su presencia materna, hace fecundas nuestras acciones de evangelización. Por eso nos entregamos y consagramos especialmente a su Corazón.” (Ideario SC, 35)
- [Primera oración].- ¡Oh Santísima María, concebida sin mancha original, Virgen y Madre del Hijo de Dios vivo, Reina y Emperatriz de cielos y tierra! Ya que sois Madre de piedad y misericordia, dignaos volver esos vuestros tiernos y compasivos ojos hacia este infeliz desterrado en este valle de lágrimas, angustias y miserias, que, aunque desgraciado, tiene la dichosa suerte de ser hijo vuestro. ¡Oh Madre mía, cuánto os amo! **¡Cuánto os aprecio! ¡Oh, cuanta es la confianza que en Vos tengo de que me daréis la perseverancia en vuestro santo servicio y la gracia final!**... Ea, pues, Madre mía, ¿qué falta? ¿Queréis acaso un instrumento del que valiéndoos pongáis remedio a tan gran mal? **Aquí tenéis uno, y al mismo tiempo que se conoce el más vil y despreciable, se considera el más útil a este fin, para que así resplandezca más vuestro poder y se vea más visiblemente que sois Vos la que obráis y no yo.** Ea, amorosa Madre, **no perdamos tiempo; aquí me tenéis, disponed de mí; bien sabéis que soy todo vuestro.** Confía que así lo haréis por vuestra gran bondad, piedad y misericordia, y os lo ruego por el amor que tenéis al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Amén. Por tanto, Madre mía, desde ahora ya comienzo a hablar y a gritar; ya acudo a Vos; sí, a Vos, que sois Madre de misericordia; dignaos dar socorro a tan grande necesidad; no me digáis que no podéis, porque yo sé que en el orden de la gracia sois omnipotente. Dignaos, os suplico, dar a todos la gracia de la conversión, pues que sin ésta no haríamos nada, **y entonces enviadme y veréis cómo se convierten.** Yo sé que daréis esta gracia a todos los que de veras la pedirán; pero si ellos no la piden, es porque no conocen su necesidad, y tan fatal es su estado, que ni conocen lo que les conviene, **y esto cabalmente me mueve aún más a compasión.** (Aut. 154-160)

## ELEMENTO TERCERO: MISIONERO ITINERANTE

Somos misioneros que caminan bajo el impulso del Espíritu para ser discípulos del maestro, vivir en actitud de éxodo y dar testimonio de la alegría del Evangelio. Nos sentimos así llamados a abandonar nuestras zonas de confort y nuestra excesiva preocupación por nosotros mismos, a impulsar la disposición de la Iglesia “en estado permanente de misión”, a potenciar en ella nuestra “salida misionera” según nuestra gracia carismática comprometiéndonos a crecer siempre en disponibilidad, inculturación y encarnación.

- “Como miembros del Cuerpo de Cristo participamos en la misión que el Padre confió al Hijo y El, a su vez, encomendó a la Iglesia. El señor resucitado envió de parte del Padre al Espíritu Santo para impulsar y sostener a la Iglesia en su misión. El la guía a la verdad, la unifica en la comunión y la gobierna y dinamiza con múltiples dones. La misión confiada a la Iglesia es anunciar y extender el reino de Dios, es decir, un anunciar la salvación en Jesucristo y llevar a los hombres al encuentro con El; desarrollar en el mundo la semilla del Reino para renovar a los hombres y hacer una humanidad nueva, conforme a la novedad del evangelio. (Ideario SC, 19)
- “Desde un principio me encantó el estilo de Jesucristo en su predicación. ¡Qué semejanzas! ¡Qué parábolas! Yo me propuse imitarle con comparaciones, símiles y estilo sencillo. ¡Qué persecuciones!... Fue puesto por signo de contradicción, fue perseguido en su doctrina, en sus obras y en su persona, hasta quitarle la vida a fuerza de denuestos y de tormentos e insultos, sufriendo la más bochornosa y dolorosa (muerte) que puede sufrirse sobre la tierra. También me anima mucho el leer lo que hicieron y sufrieron los Apóstoles. El apóstol San Pedro, en el primer sermón, convirtió a tres mil hombres, y en el segundo cinco mil. ¡Con qué celo y fervor predicaría...! ¿Qué diré de Santiago, de San Juan y de todos los demás? ¡Con qué solicitud! ¡Con qué celo de un reino a otro corrían! ¡Con qué celo predicaban, sin temores ni respetos humanos, considerando que antes se debe obedecer a Dios que a los hombres! Y así lo contestaron a los escribas y fariseos cuando les mandaban que no predicasen más. Si les azotaban, no por esto se amedrentaban y abstenían de predicar; al contrario, se tenían por felices y dichosos al ver que habían podido padecer algo por Jesucristo. Pero quien me entusiasma es el celo del apóstol San Pablo. ¡Cómo corre de una a otra parte, llevando como vaso de elección la doctrina de Jesucristo! Él predica, él escribe, él enseña en las sinagogas, en las cárceles y en todas partes; él trabaja y hace trabajar oportuna e importunamente; él sufre azotes, piedras, persecuciones de toda especie, calumnias las más atroces. Pero él no se espanta; al contrario, se complace en las tribulaciones, y llega a decir que no quiere gloriarse sino en la cruz de Jesucristo” (Aut. 222-224) “. “Oh Dios mío y Padre mío!, haced que os conozca y que [os] haga conocer; que os ame y os haga amar; que os sirva y os haga ser[vir]; que os alabe y os haga alabar de todas las criaturas. Dadme, Padre mío, que todos los pecadores se conviertan, que todos los justos perseveren en gracia y todos consigamos la eterna gloria. Amén.” (Aut. 233).

## ELEMENTO CUARTO: EUCARISTÍA

El encuentro personal con Cristo en la Eucaristía nos hace crecer en el amor del Padre y su Espíritu nos va llevando a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro verdadero ser. La acogida de este amor, encarnado en la Eucaristía, llena de sentido nuestra vida y el deseo ardiente de comunicarlos a otros impulsa nuestra misión evangelizadora.

- Los sacramentos son lugar privilegiado de encuentro con Dios en el Señor Resucitado y, por tanto, fuentes insustituibles de nuestra espiritualidad. En el bautismo recibimos la vida nueva en Cristo, nos unimos a Él y a la comunidad de creyentes e iniciamos nuestra andadura como seguidores de Jesús. En este mismo itinerario bautismal se inserta la confirmación, en la que el Espíritu nos fortalece para continuar la misión de Cristo, confesarle y dar testimonio de Él. También el encuentro con el Señor en el sacramento de la penitencia, además de reconciliarnos con Dios y con la Iglesia dinamiza en nosotros el proceso bautismal de muerte y resurrección. En la eucaristía nos unimos al Señor en su misterio pascual para que su soberanía destruya en nosotros el poder de la "carne" y fortalezca la vida nueva iniciada en el bautismo. **La eucaristía nos lleva a la identificación con Cristo paciente, víctima de su lucha por anunciar y extender el reino de Dios. Crea y alimenta la comunión fraterna. Este sacramento tiene para nosotros, como tuvo Claret, un marcado sentido apostólico, ya que alimenta en nosotros la caridad que urge a la evangelización y hace de todo claretiano "un hombre que abrasa por donde pasa"**. Los que hemos recibido el sacramento del matrimonio, amándonos y viviendo la presencia sacramental de Cristo en nuestro amor, nos unimos cada día más al Señor y nos ayudamos mutuamente en el camino de la santidad y del apostolado. (Ideario SC, 38).
- *"Después de la misa estoy media hora [en] que me hallo todo aniquilado. No quiero cosa que no sea su Santísima voluntad. **Vivo con la vida de Jesucristo**. El, poseyéndome, posee una nada, y yo lo poseo todo en él. Yo le digo: ¡Oh Señor, Vos sois mi amor! Vos sois mi honra, mi esperanza y mi refugio. Vos sois mi gloria y mi fin. ¡Oh amor mío! ¡Oh bienaventuranza mía! ¡Oh conservador mío! ¡Oh gozo mío! ¡Oh reformador mío! ¡Oh Maestro mío! ¡Oh Padre mío! ¡Oh esposo de mi vida y de mi alma!"* (Autobiografía, n. 754). *"¡Oh Padre mío!, tomad este mi pobre corazón, comedlo, así como yo os como a Vos, **para que yo me convierta todo en Vos**. Con las palabras de la consagración, la sustancia del pan y vino se convierte en la sustancia de vuestro cuerpo y sangre. ¡Ay Señor omnipotente! Consagradme, hablad sobre mí y **convertidme todo en Vos**"* (Autobiografía, n. 756). *"En efecto, al que comulga bien le sucede lo que a la barra de hierro que se mete en la fragua, que se convierte en fuego; sí, asimismo queda **endiosada** el alma que comulga bien: El fuego al hierro le quita la escoria, la frialdad natural, la dureza, y le pone tan blando que lo llega a derretir, y se amolda al gusto del artífice"*.

## ELEMENTO QUINTO: EVANGELIZACIÓN APOSTÓLICA

“Misionero Apostólico” era un título jurídico, concedido por la Sede Apostólica a determinados predicadores itinerantes de fieles o de infieles, que lo solicitaban. “En su sentido originario y jurídico significa un sacerdote enviado por la Santa Sede **a suscitar la Iglesia allí donde no esté establecida**; significa también un sacerdote recomendado por la Sede Apostólica al Ordinario de la Iglesia establecida para que éste le dé misión canónica **a fin de animarla o reevangelizarla**” (P. Viñas). El calificativo apostólico hace referencia precisamente al concesionario: la Sede Apostólica, que garantiza la misión. La Santa Sede, además de dar un respaldo oficial al misionero, le concedía algunos privilegios, sobre todo de índole litúrgico — devocional. Por su parte, el misionero **se comprometía a dedicarse a la predicación itinerante, llevando una vida pobre y desprendida**.

- Por el carisma claretiano, que cualifica todo nuestro ser, el Espíritu Santo nos capacita y nos destina a un servicio especial en la Iglesia. Identificados por este don con Cristo Misionero, continuamos, como seglares, la misión para la que el Espíritu Santo suscitó en la Iglesia a San Antonio Ma. Claret. El señor nos ha llamado a ser evangelizadores, a anunciar y extender el reino de Dios entre los hombres mediante la palabra en todas sus formas, el testimonio y la acción transformadora del mundo, llevando así la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad para transformarla desde dentro. Todos los cristianos estamos llamados a seguir a Cristo, cada uno según el don recibido. Nosotros hemos recibido, como don del Espíritu, la vocación seglar, que nos capacita y destina a cooperar en la edificación de la Iglesia y la extensión del reino de Dios gestionando los asuntos temporales. Seguir a Jesús como seglares significa para nosotros un modo peculiar de ser Iglesia y de estar en el mundo al servicio del reino de Dios (ideario SC, 5-6)
- Continuator de la misión de Cristo y de los Apóstoles, el Misionero Apostólico es un hombre poseído por el Espíritu, desinstalado y lanzado al anuncio del Reino de Dios. El anuncio misionero de la Palabra es el eje de la vocación—misión de Claret y de toda su espiritualidad. Por eso, de un modo o de otro, consagró toda su vida a la evangelización. De 1843 a 1850 no tuvo domicilio fijo. Su afán era siempre correr de una parte a otra, como Cristo (cf. Aut. 221), como los Apóstoles (Aut. 223), como San Pablo (Aut. 224). Y, en la línea de los grandes misioneros apostólicos, siguió el ejemplo del Beato Diego de Cádiz, que “se consagró por todo el tiempo de su vida al ejercicio del ministerio apostólico, sin jamás descansar” (Aut. 228)). Su decisión de no aceptar el episcopado la motivó con el deseo de no atarse y concretarse (82). Y, al ser relevado en la archidiócesis de Cuba, esto fue lo que le movió a no aceptar ninguna otra sede residencial. También en Madrid expresaba continuamente sus ansias de correr por todas partes predicando el Evangelio, al ver la necesidad y el hambre que la gente tenía de oír la palabra de la salvación.

## ELEMENTO SEXTO: LA ORACIÓN

Somos conscientes de la necesidad de dinamizar en nosotros procesos de transformación que acrecienten nuestra sensibilidad espiritual y carismática y nos dispongan en salida con toda la Iglesia. Dóciles al Espíritu deseamos convertirnos en misioneros con Espíritu para avanzar con alegría en el camino del Señor y proclamar con nuestra vida y misión la supremacía de Dios, siguiendo las huellas del Padre Claret.

- Movidos por el Espíritu, buscamos en la oración el encuentro con Dios en Cristo y pedimos al Padre que nos lleve a aceptar su voluntad y a ponernos sin reservas al servicio de su plan de salvación. En nuestra oración ocupa un lugar preeminente la alabanza litúrgica. Nuestra oración tiene siempre sentido secular y apostólico. Para orar no salimos del mundo, ni nos olvidamos de él, sino que oramos nuestra misma situación en el mundo y nuestro esfuerzo por animar y ordenar todas las cosas según el plan de Dios. Compartimos en el diálogo con el Señor los problemas y las necesidades de nuestros hermanos y nuestra entrega a su servicio. (Ideario SC, 39)
- Todos hemos meditado y orado con **la llamada “oración apostólica”**. Se trata de una oración muy usada por san Antonio María Claret y que él mismo incluye en su Autobiografía. Con algunas ligeras variantes con respecto al original, suena así: *“Señor y Padre mío, / que te conozca y te haga conocer; / que te ame y te haga amar; / que te sirva y te haga servir; / que te alabe y te haga alabar / por todas las criaturas. Amén”*. **Claret añade más elementos, pero la esencia se reduce al juego de los cuatro verbos aplicados a Dios: conocer, amar, servir y alabar**. Con las iniciales de cada uno de ellos se forma la palabra “casa”. Es una forma sencilla de recordar que Claret –al igual que Jesús– **soñaba con estar en la casa del Padre para dedicarse a sus asuntos y no a los propios intereses o gustos**. Otro elemento que llama la atención es la dimensión apostólica tan clara. No solo le pedimos a Dios que lo conozcamos, amemos, sirvamos y alabemos, sino que nos ayude a hacerlo conocer, amar, servir y alabar. **Se pone el acento en la experiencia personal, pero también en el hecho de compartir con otros esa misma experiencia**.

## ELEMENTO SÉPTIMO: COMUNIDAD

Respondemos a nuestra vocación misionera en comunidad. La comunidad misionera es un inmenso regalo y la fraternidad es siempre el primer testimonio misionero. Cada actividad, tarea, misión han de realizarse de tal modo que todos los vivamos como nuestros y que cada uno los realice en nombre de la comunidad, sabiéndose y sintiéndose enviado por ella.

- El don que hemos recibido y su experiencia que compartimos son lazos de comunión que nos mueven profundamente. Esta comunión carismática, que es ante todo gracia, la expresamos y la desarrollamos en la amistad, la ayuda mutua, el trabajo en equipo, las reuniones, las asambleas, las jornadas de reflexión, de revisión y de oración y en los demás encuentros que cada comunidad programa y, sobre todo, en la eucaristía. Dentro del pluralismo propio de la comunión carismática, los grupos de seglares claretianos son, generalmente, pequeñas comunidades eclesiales, que pueden tenerlo todo en común, como las primitivas comunidades cristianas. Realizamos la dimensión comunitaria de nuestro carisma, no sólo en el interior del propio grupo, sino también en nuestras relaciones con los demás grupos de seglares claretianos, con las otras ramas de la familia claretiana y con la Iglesia local y en el diálogo con las personas de otras confesiones. (Ideario SC, 17-18)
- Durante los años de Cataluña y Canarias Claret vivió “la misión” casi en solitario, aunque procuró misionar con otros compañeros, especialmente el beato Francisco Coll y el P. Manuel Vilaró. **Poco a poco la reflexión sobre el Evangelio y la experiencia personal le llevaron a considerar la fraternidad como signo eficaz de testimonio y fuerza evangelizadora.** Ya en 1846, en uno de sus ensayos de Hermandad Apostólica, dice que los misioneros deben estar unidos en el espíritu; y en 1847 en la Asociación de “Hermanos de Jesús y María” exige la vida de comunidad reglamentada (100). **La común vocación apostólica lleva necesariamente a la comunión de la vida fraterna.** La Congregación, que nació con finalidad apostólica, se fundió inmediatamente en íntima fraternidad. **“Así empezamos —afirma el Fundador— y así seguimos estrictamente una vida perfectamente común”** (Aut. n. 491). Y en una carta Caixal: **“Nos ejercitamos en todas las virtudes, especialmente en la humildad y caridad y vivimos en comunidad en este colegio vida verdaderamente pobre y apostólica”**

## ELEMENTO OCTAVO: MARTIRIO, DAR LA VIDA

La huella del martirio está presente en la Congregación de los Claretianos desde el inicio de su fundación (1849). San Antonio María Claret fue herido gravemente en la ciudad de Holguín (Cuba), mientras visitaba aquella zona como arzobispo de Santiago de Cuba (1856). Durante los sucesos revolucionarios de 1868, el Padre Francisco Crusats fue martirizado en el claustro de la propia casa que tenían los claretianos en la ciudad de La Selva del Camp (Tarragona). La revolución mexicana de 1925 se caracterizó por su feroz anticlericalismo. Un joven sacerdote claretiano, recién llegado a tierras mexicanas desde España: el padre Andrés Solá Molist (Taradell, Barcelona, 1895), fue víctima mortal de los revolucionarios, junto con otro sacerdote y un seglar. Los tres son conocidos como los “Mártires de San Joaquín”, por el nombre del rancho en el que fueron fusilados (25 de abril de 1927). El martirio del Padre Andrés Solá animó la fidelidad de los jóvenes seminaristas claretianos de España, que comenzaban a vislumbrar una situación parecida a la de México. Diez años más tarde (julio de 1936), estalló la guerra fratricida. La geografía española quedó regada por la sangre de mártires Claretianos: Aragón: 51; Cataluña: 150; Valencia: 5; Madrid: 21; Extremadura: 7; Santander: 9; Castilla - La Mancha: 24; Andalucía: 6.

- La acción transformadora del mundo como forma de evangelización nos lleva a comprometernos en la acción por la justicia y la promoción humana. La acción a favor de la justicia, dimensión constitutiva de la misión de la Iglesia y la que más directamente corresponde al quehacer de los seglares, nos exige comprometernos en la lucha por eliminar las situaciones de injusticia y por sanear las estructuras que las producen para hacer el mundo que Dios quiere. Nuestro compromiso no se limita únicamente a denunciar las injusticias; nos exige, ante todo, ser testigos y agentes de justicia. Como miembros del pueblo de Dios, cooperamos con él y con todos los hombres que buscan la verdad a la promoción humana y a la liberación de tantos millones de personas que se ven condenadas, en fuerza de múltiples esclavitudes, a quedar al margen de la vida. (Ideario SC, 23)
- El martirio ha acompañado también como una sombra a esta pequeña parte de la Iglesia que es nuestra Congregación. Martirial fue -ante todo- el talante espiritual de nuestro Padre Fundador. En el protomártir Esteban descubrió su imagen de ministro de la Palabra y de luchador contra los Príncipes y Potestades. Ya desde el inicio de su ministerio sacerdotal sentía un deseo grande de irse a las misiones (misión «ad gentes») para salvar las almas, aunque por esto tuviese que pasar mil trabajos, aunque por ello hubiese de sufrir la muerte (Aut. 112) ; tenía sed de derramar la sangre por Jesucristo (Aut. 465-466). En su vida, hubo un exceso de sufrimiento y persecución, que él supo asumir como identificación con Cristo. Fue perseguido en Cuba por sus compromisos en favor de la familia, de la libertad de los esclavos, de la moralización del clero (Aut. 518) y, en Holguín, recibió el sello del martirio derramando su sangre. Martirio incruento fueron, según sus palabras, los doce años de Madrid, como confesor de la Reina Doce años de martirio (Aut 798). Concluyó sus días, perseguido, desterrado y finalmente refugiado en la hospedería de un monasterio francés. Su actitud interior fue, en todo tiempo, grandiosamente martirial: **“Todas mis aspiraciones han sido morir en un hospital como pobre, en un cadalso como mártir, o asesinado por los enemigos de la Religión sacrosanta que dichosamente profesamos y predicamos, y quisiera yo sellar con mi sangre las virtudes y verdades que he enseñado (Aut. 467)**

## ELEMENTO NOVENO: HACER CON OTROS

En el 150 Aniversario de la fundación de la Congregación, Juan Pablo II dirigió estas palabras a todos los que pretenden ser fieles a Jesucristo según el carisma del P. Claret:

“Por otra parte, la vida en común es un distintivo esencial de vuestra vida consagrada. En las Constituciones se señala que la colaboración en el ministerio de la Palabra pertenece al origen mismo de vuestra vida comunitaria. El padre Claret quería hacer con otros lo que solo no podía (cf. *Carta al nuncio*, 12 de agosto de 1849, en *Cartas selectas*, p. 74). Esta celebración os ha de llevar a incrementar **la espiritualidad de la comunión y promover la colaboración de todos en la transformación del mundo según el designio de Dios**. Vuestra vocación aparece definida como «el don de seguir a Cristo en comunión de vida y de proclamar el Evangelio a toda criatura» A lo largo de la historia, éste ha sido el perfil que ha distinguido a los hijos del padre Claret, que han brillado por su testimonio dentro de la Iglesia.”

- Cooperamos especialmente en la formación y desarrollo de las pequeñas comunidades eclesiales, que expresan la realidad de la Iglesia como misterio de comunión. Nos empeñamos en hacer de nuestra propia familia una verdadera Iglesia doméstica. (Ideario SC, 26)
- ¡Oh Dios mio, bendito seáis por haberos dignado escoger [a] vuestros humildes siervos para Hijos del Inmaculado Corazón de vuestra Santísima Madre! ¡Oh Madre benditísima, mil alabanzas os sean dadas por la fineza de vuestro Inmaculado Corazón y habernos tomado por Hijos vuestros! Haced, Madre mía, que correspondamos a tanta bondad, que cada día seamos más humildes, más fervorosos y más celosos de la salvación de las almas. (aut. 492-493)

## ELEMENTO DÉCIMO: AUSTRERIDAD

La pobreza reviste una importancia capital en la vida y en la espiritualidad del P. Claret, Misionero Apostólico, por ser “otra de las virtudes que más vernos brillar en Jesucristo”. Por sentido evangélico y por experiencia misionera intuyó que pobreza y vocación apostólica se implicaban mutuamente. Así lo veía en Jesús y en los Apóstoles y así lo comprobó en los textos proféticos que provocaron su vocación. En Cristo veía sobre todo al Hijo del hombre que no tiene donde reclinar la cabeza (Lc 9, 58), ungido y enviado para evangelizar a los pobres, tenía que imitar a Cristo pobre y vivir en espíritu de pobreza para seguir a Jesús. Por eso siempre resume la vida del Señor en clave de pobreza”. “Me acordaba siempre que Jesús se había hecho pobre, que quiso nacer pobre, vivir pobremente y morir en la mayor pobreza. También me acordaba de María Santísima, que siempre quiso ser pobre. Y tenía presente además que los apóstoles lo dejaron todo para seguir a Jesucristo. Algunas veces, el Señor me hacía sentir los efectos de la pobreza, pero era por poco tiempo. Luego me consolaba con lo que necesitaba; y era tanta la alegría que sentía con la pobreza, que no gozan tanto los ricos con todas sus riquezas como gozaba yo con mi amadísima pobreza. (Aut. 363).

- Las opciones de principio que inspiran nuestro compromiso eclesial y que orientan, como actitudes permanentes, todas nuestras acciones son:
  - la inserción plena en el mundo;
  - la competencia profesional, que cualifica nuestro servicio a los demás;
  - el compromiso por la causa de los pobres y la acción a favor de la justicia;
  - la encarnación en la Iglesia local y la colaboración para que nazca y crezca inculturada;
  - la promoción de un modelo de Iglesia más comunitario y participativo en el que todos los fieles puedan desarrollar plenamente las responsabilidades y exigencias de su propia misión eclesial;
  - el empleo por multiplicar los agentes de evangelización;
  - la evangelización misionera que nos mantiene siempre atentos y disponibles para lo que se revele más urgente y necesario en nuestro servicio a la causa del reino de Dios.
  
- Había observado que la santa virtud de la pobreza no sólo servía para edificar a las gentes y derrocar el ídolo de oro, sino que además me ayudaba muchísimo para crecer en humildad y para adelantar en la perfección. Además de la experiencia, me corroboraba con esta comparación: que las virtudes son como las cuerdas de un arpa o instrumento de cuerda: que la pobreza era la cuerda corta y delgada, que cuanto más corta es, da el sonido más agudo. Y así, cuanto, más cortas son las conveniencias de la vida, tanto más subido el punto de perfección a que sube... Además, esta falta de recursos abate el orgullo, destierra la soberbia, abre paso a la santa humildad, dispone el corazón para recibir nuevas gracias y hace subir de un modo admirable a la perfección, a la manera que los fluidos, que cuanto son más ligeros y sutiles, más suben, al paso que los crasos son más rastreros. ¡Oh Salvador mío! ¡Haced, os suplico, que vuestros ministros conozcan el valor de la virtud de la pobreza, que la amen y practiquen como Vos nos habéis enseñado con obras y palabras! ¡Oh qué perfectos seríamos todos si todos la practicásemos bien! ¡Qué fruto tan grande haríamos! ¡Qué almas se salvarían! (Aut. 370-371)

## ELEMENTO UNDÉCIMO: SANTIDAD

Y Juan Pablo II, al ir terminando su reconocimiento a la Congregación en el 150 aniversario de su fundación dejó escrito:

“Entre los elementos que configuran vuestra identidad religiosa está la presencia de María. De su Corazón Inmaculado los hijos de Claret han aprendido su **actitud contemplativa en la acogida de la Palabra, su caridad y sencillez en transmitirla y su adhesión cordial al plan misericordioso de Dios, que lleva a estar cerca de los pobres y necesitados**. Por ello, los misioneros claretianos deben seguir siendo portadores del mensaje profético de esperanza que, con el lenguaje del corazón, María propone hoy a la familia humana, tan lastimada en sus valores y aspiraciones más profundas”.

Y queda así definido con sencillez nuestro camino de santidad.

- “Nuestra espiritualidad es la respuesta generosa, bajo la acción del Espíritu, al modo concreto de seguir a Jesús expresado en la vocación y misión que hemos recibido de Dios. Nuestra vida espiritual es el punto de confluencia del carisma y del compromiso misionero; donde se unen la llamada de Dios y nuestra respuesta personal a la misma; respuesta que se expresa:
  - en un estilo de vida según las bienaventuranzas (cf. nn. 13 -18);
  - en unos compromisos de evangelización arraigados en nuestra vida espiritual, alimentados por ella y que, a su vez, la alimentan (cf. nn. 21-26);
  - y en las opciones y actitudes permanentes que cualifican nuestra vida y nuestro servicio de evangelización (cf. nn. 27).El Espíritu mismo, que ha sido enviado a nuestros corazones, es quien impulsa y dinamiza nuestra vida espiritual.” (Ideario SC, 28)
- Nuestra vida espiritual, como la de Jesús, tiene dos puntos de referencia: Dios y los hombres, y, por lo mismo, dos dimensiones fundamentales: una mística y otra política. Ambas están inseparablemente unidas en su origen -el amor- y en su meta -Dios y su Reino-. En la dimensión mística, gracias a la acción del Espíritu en nosotros, hacemos de Dios y de su Reino el único absoluto de nuestra vida y vivimos el seguimiento de Jesús como el único camino hacia el Padre y como la manera de construir el Reino. Guiados por el Espíritu, realizamos la dimensión política de la espiritualidad comprometiéndonos en la animación cristiana de las realidades temporales y en la acción transformadora del mundo (Ideario SC, 31)
- “Yo me digo a mí mismo: Un Hijo del Inmaculado Corazón de María es un hombre que arde en caridad y que abraza por donde pasa; que desea eficazmente y procura por todos los medios encender a todo el mundo en el fuego del divino amor. Nada le arredra; se goza en las privaciones; aborda los trabajos; abraza los sacrificios; se complace en las calumnias y se alegra en los tormentos. No piensa sino cómo seguirá e imitará a Jesucristo en trabajar, sufrir y en procurar siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas.” (Aut. 494)